Geertz Clifford (1996). Los usos de la diversidad Ediciones Paidós. I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona. (pgs. 82-83)

Caso del indio alcohólico.

El caso es simple a pesar de lo enredado de su resolución. La extrema escasez, debido a su alto coste, de las máquinas de hemodiálisis llevó hace unos años a establecer, como es natural, largas listas de espera para acceder al tratamiento de diálisis en el seno de un programa médico gubernamental al suroeste de los Estados Unidos. Programa dirigido, como también es natural, por jóvenes doctores idealistas provenientes de facultades de medicina en su mayor parte del noreste. Para que el tratamiento fuese efectivo, al menos durante un periodo prolongado de tiempo, se requería una estricta disciplina por parte de los pacientes por lo que hacía a la dieta y otros asuntos. Como empresa pública, regida por códigos antidiscriminatorios y, en cualquier caso, se supone, moralmente motivada, las listas se organizaron no en función de las posibilidades económicas, sino por la urgencia del tratamiento y por riguroso orden de inscripción. Una política que condujo, con las usuales particularidades de la lógica práctica, al problema del indio alcohólico. El indio, tras haberse ganado el acceso a tan escasa máquina, se negó, para gran consternación de los doctores, a abandonar, o a moderar al menos, su prodigiosa capacidad para la bebida. Su postura, inspirada en algún tipo de principio como el que mencioné anteriormente de Flannery O'Connor de seguir siendo uno mismo sin importar lo que otros quieran hacer de ti, era ésta: soy ciertamente un indio bebedor, lo he sido durante bastante tiempo y pretendo seguir siéndolo por tanto tiempo como me podáis conservar vivo atándome a esa maldita máquina. Los médicos, cuyos valores eran más bien otros, consideraron que el indio bloqueaba el acceso a la máquina a otros pacientes de la lista en situación no menos desesperada, los cuales podían, a su juicio, hacer un mejor uso de sus beneficios —jóvenes de clase media como ellos mismos, cuyo destino era la universidad y, quién sabe, acaso la facultad de medicina—. Comoquiera que, para cuando el problema se hizo patente, el indio ya estaba recibiendo tratamiento en la máquina, los médicos no se atrevían a (y supongo que tampoco les estaría permitido) interrumpirlo. Pero sí estaban profundamente contrariados —al menos tan contrariados como decidido estaba el indio, quien era lo suficientemente disciplinado como para acudir puntualmente a todas las citas— y, a buen seguro, hubieran pergeñado cualquier razón, ostensiblemente médica, para desplazarle de su posición en la lista, caso de haberle visto venir a tiempo. Durante varios años, el indio continuó recibiendo tratamiento en la máquina, y ellos continuaron desconcertados, hasta que muy digno, como le imagino, y agradecido (aunque no a los doctores) de haber tenido una vida algo más prolongada en la que seguir bebiendo, murió sin disculparse por todo el asunto.

¿es un problema religioso, jurídico, de ética cívica o de ética empresarial? ¿justifica el malestar de los médicos? Porqué? Qué falta en el relato? Se da la tolerancia activa?